



Chasqui. Revista Latinoamericana de
Comunicación

ISSN: 1390-1079

chasqui@ciespal.org

Centro Internacional de Estudios
Superiores de Comunicación para
América Latina

Carvalho, Carlos Alberto

Memoria y narración en el periodismo: Sobre algunas dimensiones teóricas y
metodológicas allí implicadas

Chasqui. Revista Latinoamericana de Comunicación, núm. 125, marzo, 2014, pp. 84-90

Centro Internacional de Estudios Superiores de Comunicación para América Latina
Quito, Ecuador

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=16057405010>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Carlos Alberto Carvalho

Universidade Federal de Minas Gerais,
Brazil

Profesor del Departamento de
Comunicación Social de la Universidade
Federal de Minas Gerais, en el curso de
grado y en el Programa de Postgrado en
Comunicación, donde investiga acerca
del Periodismo, Sida y Homofobia, con
financiamiento del CNPq. Es autor de
los libros *Visibilidades mediadas nas
narrativas jornalísticas: a cobertura da
aids pela Folha de S. Paulo de 1983 a
1987 (2009)* e *Jornalismo, homofobia e
relações de gênero (2012)*.

Correo:
caco5@ud.com.br

Memoria y narración en el periodismo: Sobre algunas dimensiones teóricas y metodológicas allí implicadas

Resumen

El propósito de presentar un conjunto de problemas acerca de las relaciones entre memoria y narración en el periodismo parte de dos premisas que se mantienen como telón de fondo a lo largo del artículo. La primera sostiene que el periodismo nos ofrece cotidianamente una serie de narrativas sobre una variedad de acontecimientos de los mundos natural y social. La segunda parte de una noción compleja de las narraciones - según propone Paul Ricoeur -, lo que conlleva a la necesidad de no tratar el gesto narrativo como la mera acción de contar una historia.

Palabras-clave: narración; memoria; olvido; periodismo

Resumo

O propósito de apresentar um conjunto de problemas acerca das relações entre memória e narrativa no jornalismo parte de duas premissas que se mantêm como pano de fundo ao longo do artigo. A primeira diz da aceitação de que o jornalismo nos oferece cotidianamente uma série de narrativas sobre uma variedade de acontecimentos dos mundos natural e social. A segunda parte da noção mais complexa das narrativas -segundo propõe Paul Ricoeur - o que nos leva à necessidade de não tratar o gesto narrativo como mero contar uma história.

Palavras-chave: narrativa; memória; esquecimento; jornalismo

Abstract

The purpose of presenting a set of issues about the relationship between memory and narrative in journalism has two assumptions that are kept in the background throughout the article. The first is the acceptance that journalism offers us a series of narratives about a variety of events in the natural and social worlds. The second takes a more complex notion of narrative - as proposed by Paul Ricoeur - which leads us to treat the narrative gesture not only as the action to tell a story.

Keywords: narrative; memory; forgetfulness; journalism

Recibido: julio 2013
Aprobado: enero 2014

Contextualizando los problemas

Las relaciones entre memoria y narración se presentan en Paul Ricoeur como una de las condiciones que vuelve posible mínimamente la comprensión del tiempo, dada su propia aporía fuertemente indicada en la trilogía *Tiempo y narración* (Ricoeur, 2004; 2008; 2009). Siendo imposible definir cabalmente, por lo menos desde el punto de vista filosófico, qué es el tiempo, cuáles son sus medidas precisas -pero especialmente intentar concebirlo como una realidad que se encerraría en dimensiones físicas-, la aporía deriva directamente de las implicaciones del tiempo sobre el Ser Humano. De este modo, la adopción de medidas como los calendarios, pueden precisar los contornos del tiempo, pero una vez más la solución es solo parcial, puesto que dichas formas de mensurar el tiempo no son capaces de fijarlo. Éstas consiguen sólo marcar un antes, un instante presente y un futuro posible, pasibles, tan luego escapan de la lógica de los calendarios, a instaurar nuevas aporías.

Si el tiempo no puede ser aprehendido excepto parcialmente – por medio del arte de narrar – ¿habría garantías de que la articulación entre tiempo, memoria, historia y olvido sea capaz de dar cuenta objetivamente del pasado, presente y futuro? Aunque las formas narrativas historiográficas y ficcionales tengan siempre esa pregunta-ecuación como desafío, la respuesta parece indicar no una solución para la aporía, sino lanzar un doble desafío, teórico y metodológico, en la medida en que narrar es interpretar el mundo, defender puntos de vista, intentar hacer prevalecer una perspectiva ética, moral, política, ideológica, económica, etc. En suma, es aquello que nuestro objeto de referencia, el periodismo, hace cotidianamente, empleando estrategias narrativas de objetivación (Ponte, 2005) que hacen parecer inexistentes tales perspectivas.

La lectura de Paul Ricoeur revela una estrategia del autor que consiste en postergar las posibles repuestas a las preguntas lanzadas, sean ellas acerca de las aporías del tiempo, sobre los significados de la memoria, de la historia o del olvido (Ricoeur, 2004) o cualesquiera otras aporías o dimensiones teóricas y metodológicas implicadas en la dialéctica pasado-presente-futuro. Una lectura más atenta, sin embargo, nos muestra que antes de titubear frente posiciones antagónicas, evitando comprometerse con principios teóricos o

metodológicos, Ricoeur está llamando la atención sobre el arduo ejercicio hermenéutico, que no implica la búsqueda de respuestas casuales o automáticas para las preguntas propuestas, sino antes, el necesario rigor en la investigación de los términos que están bajo escrutinio.

Urdiduras temporales y construcción de la trama

En el tomo I de *Tiempo y Narración*, luego del trayecto iniciado con San Agustín y el problema del tiempo, seguido por la proposición de los modos aristotélicos de configuración de la narrativa, Ricoeur introduce el desafío de comprender, en el propio acto de tejer la trama, las interconexiones entre la memoria y la narración por medio de la noción de la triple mimesis. Al proponer la mimesis I como el mundo prefigurado que es anterior a cada gesto narrativo en particular, Ricoeur se está remitiendo al problema de la memoria, pues no se trata allí de solo vislumbrar determinadas condiciones éticas, morales, en fin, marcas culturales como importantes referencias para el acto configurador que marca la mimesis 2, responsable por la mediación entre el momento de la lectura, o reconfiguración, que caracteriza la mimesis 3 y sus relaciones con la mimesis 1. Así, nos encontramos frente a toda la problemática de la memoria, tal vez más fuertemente trabajada como problema teórico y metodológico en las narrativas historiográficas, pero que no deja tampoco de traer interrogantes para las narrativas ficcionales y periodísticas. Síntesis de lo heterogéneo, al trabajar con una diversidad de acontecimientos o variaciones dentro de un mismo acontecimiento, la narración lidia, a todo momento, con la heterogeneidad también temporal. Si la mimesis I remite más a una noción de pasado, o de patrimonio cultural desde el cual la mimesis 2 es la acción en el presente en que está siendo construida la narración; la mimesis 3 es siempre un proyección futura, que solamente se realiza por la lectura, marcada por la heterogeneidad de los lectores y por el flujo temporal en el que ésta ocurre.

Delante de la perspectiva de la triple mimesis, si la noción de memoria, en una primera observación, podría sugerir el avivamiento de recuerdos; para Paul Ricoeur la ecuación no está tan fácilmente resuelta, pues no se trata meramente de la capacidad de recordar, de hacer recordar o de promover el olvido. Antes, lo que está en juego es

la constitución de métodos que presuponen lidiar con nociones también complejas, como archivos, documentos, rastros, olvido y testimonios. Como telón de fondo, la perspectiva hermenéutica, la necesidad de interpretación implicada en cada gesto memorístico que las narraciones accionan y/o es accionado para volverlas inteligibles.

Para una discusión sobre la memoria y sus interconexiones con la narración, nuestro punto de partida está sintetizado en los términos propuestos por Ricoeur, en tanto postula que “en el relato, principalmente, se articulan los recuerdos en el plural y la memoria en singular, la diferenciación y la continuidad” (Ricoeur, 2004a, p. 128). Tiempo y construcción de la trama son las materias-primas de toda narración y la memoria “es caracterizada enseguida como afección (pathos), lo que la distingue precisamente de la rememoración” (Ricoeur, 2004a, p. 33). De este modo, si al historiador y al arqueólogo les son posibles las interpretaciones del pasado a partir de inscripciones en las cavernas, de los escritos jeroglíficos en las tumbas de los faraones o de los documentos sobre la Segunda Guerra Mundial, es porque tales registros contienen, por lo menos en potencial, narraciones sobre eventos pasados.

La memoria, como consecuencia, ambiciona una cierta fidelidad al pasado (Ricoeur, 2004a, p.40), motivo por el cual adopta como procedimientos metodológicos la consulta a archivos, testimonios, pruebas documentales, rastros y otros registros, cuando no a su propia producción historiográfica, y a los propios vestigios de los recuerdos, en su dimensión individual, a los cuales también recurren los historiadores, por ejemplo, en las reconstituciones por medio de técnicas de la historia oral. Pero sin la capacidad humana de narrar, de agenciar los acontecimientos discordantes, haciendo emerger desde ellos una lógica concordante, la memoria perdería su poder de afección, cuando no, su propia condición de existencia.

Imbricadas en los juegos de la memoria, afirmar la narraciones como fuertemente enraizadas en la historia - por lo tanto, dependientes de la memoria - tiene por lo menos dos implicaciones inmediatas en Ricoeur: la propia historiografía recurre metodológicamente a las condiciones narrativas para la producción de sus relatos históricos, incluso adoptando “géneros”, como la épica, la epopeya y otros (ver también Hayden White,

1994), pero también implica que las narraciones sean fundamentales para la preservación de la historia de la humanidad. Es en esta perspectiva que, reconociendo la aporética del tiempo como insuperable, Ricoeur propone que el tiempo sólo se vuelva humano en la medida que es narrado (2004). Como narrar es articular trama y tiempo, el autor concluye, al final del recorrido de la trilogía *Tiempo y narración*, que la función primordial de la narración es ser la “guardiana del tiempo” (2009).

Hay, sin embargo, otra dimensión implicada en toda investigación acerca de la memoria y que, a primera vista, constituiría su par antinómico: el olvido. Como esa relación en Ricoeur aparece por la ecuación dialéctica, memoria y olvido no deben ser considerados pares antinómicos: no olvidar es permitir la memoria que, a su vez, mantenida, evita el olvido. De este modo, no se debe dar al olvido la connotación banal de “lo que no fue recordado”. Ello es, casi siempre, condición de las articulaciones y manipulaciones de la memoria, parte misma desde los juegos políticos individuales o colectivos de intentar hacer prevalecer una explicación sobre determinado acontecimiento desde la recusación de algunas de sus dimensiones. Puede, todavía más, significar la destrucción de documentos, de monumentos, de archivos, de los cuales tenemos tantos ejemplos a lo largo de la historia de la humanidad. Pero es lo que lleva a periódicos y otros medios, en sentido contrario, a la elaboración de ediciones especiales sobre determinado acontecimiento, incluso con sellos indicativos de la historicidad del material, o destacando sus propias historias (Matheus, 2001).

Sin pretender dar cuenta exhaustivamente de los problemas teóricos y metodológicos que encierran cada una de los términos arriba mencionados, trazamos sintéticamente algunas de sus principales dimensiones tan solo como medio para indicar el tamaño del desafío impuesto en las investigaciones acerca de las relaciones entre memoria y narración y sus posibles desdoblamientos en las actividades del periodismo. Aunque un documento o un monumento puedan “ser testigo” de la existencia de un acontecimiento, el testimonio implica, en Ricoeur, algo más complejo, pues ello “abre un proceso epistemológico que parte de la memoria declarada, pasa por el archivo y los documentos, y termina en la prueba documental” (Ricoeur, 2004a, p. 208). Además, el testimonio no corresponde sólo al orden de lo que importa a la investigación

histórica, sino que está implicado también en los procedimientos jurídicos, como una de las etapas más importantes en cualquier tipo de juzgado. No se trata, por lo tanto, meramente de algo que puede referir a la memoria archivada, especialmente porque trae a colación también cuestiones sobre la fidelidad y la posibilidad de retención de detalles sobre aquello o aquel que es referido en el testimonio.

En primer lugar, el testimonio tiene varios usos: la archivación con miras a la consulta por parte de los historiadores no es más que uno de ellos, más allá de la práctica del testimonio en la vida cotidiana y paralelamente a su uso judicial sancionado por la sentencia de un tribunal. Además, dentro de la misma esfera histórica, el testimonio no concluye su carrera con la constitución de los archivos; resurge al final del recorrido epistemológico, en el plano de la representación del pasado por el relato, los artificios retóricos, la configuración en imágenes... Más aún, en ciertas formas contemporáneas de declaración suscitadas por las atrocidades masivas del siglo XX, el testimonio resiste no sólo a la explicación y a la representación, sino incluso a la reservación archivística, hasta el punto de mantenerse deliberadamente al margen de la historiografía y de proyectar una duda sobre su intención veritativa. (Ricoeur, 2004a, pp. 208-209)

Hay, por lo tanto, un conjunto de cuidados necesarios a ser adoptado para que el testimonio no sea tomado literalmente en sus formas de expresión, en la medida que pueden contener metáforas y otras figuras de lenguaje que busquen mayor fuerza retórica para lo que se quiere registrar. Pero siendo la memoria selectiva, el testimonio no puede pretenderse fiel al acontecimiento referente, puesto que está envuelto en las disputas de sentido acerca de los acontecimientos que narra o pretende reconstituir. En situaciones más extremas - como las experiencias del exterminio, por ejemplo, en los campos de concentración nazistas o de trabajos forzados en la Siberia bajo el régimen estalinista -, cómo reconocer las dimensiones fuertemente emocionales en los testimonios de sobrevivientes y/o parientes y amigos constituye otra tarea ardua para el investigador. De este modo, tampoco hay garantías de que la confrontación de los diversos testimonios acerca de un mismo acontecimiento sea capaz de restituírle su "entereza". En ciertas

circunstancias, la única posibilidad de verificación del testimonio está en la aceptación de apelaciones del tipo "Yo estaba allí" o "Creedme" (Ricoeur, 2004a, p. 212). Para el investigador preocupado en matices de la historia, sin embargo, esas fórmulas son insuficientes.

Si el testimonio es del orden de la oralidad, el archivo es del orden de la escritura, está disponible para consultas y normalmente se presenta como lugar privilegiado para las investigaciones historiográficas o cualesquiera otras que tengan como objetivo rescatar el pasado. Éste constituye, así, más apropiadamente, la idea de "hacer historia", en la medida, incluso, en que los archivos pueden ser deliberadamente producidos por personas físicas o jurídicas que quieren "preservar los rastros de su propia actividad" (Ricoeur, 2004a, p. 218). A la manera de los testimonios, y en contra de cualesquiera de las nociones positivistas de fidelidad u otras similares, los archivos también están sujetos a las distorsiones, no se ofrecen transparentes frente a los acontecimientos o a las vidas que supuestamente preservarían. Desde el punto de vista teórico y metodológico, consecuentemente, la acción hermenéutica del investigador debe entrar en la escena con todos los cuidados que, como hemos indicado, Paul Ricoeur recomienda en la verificación de las relaciones entre memoria e historia.

Para Ricoeur, el archivo, más que un lugar físico que "aloja el destino de esta especie de huella que, con todo cuidado, nosotros distinguimos de la huella cerebral y de la huella afectiva, es decir, la huella documental" (Ricoeur, 2004a, pp. 216-217), es también un lugar social. Como lugar social, el archivo incluye también las disputas sobre los significados que traerían sobre los acontecimientos y vidas personales o colectivas. El rigor metodológico, en su escrutinio, no es menor que el exigido en el trabajo con los testimonios, sumado a las especificidades que caracterizan uno y otro. La idea de revolución documental refiere, de este modo, tanto a las posibilidades abiertas por los documentos disponibles para consulta por los historiadores y otros interesados por las cuestiones históricas, como a las necesidades del rigor técnico y metodológico que están ahí implicadas.

Las nociones de archivo y testimonio traen a escena los rastros y documentos, como otros componentes de los mecanismos involucrados

en las relaciones entre memoria y narración. Los rastros, desde el punto de vista de la memoria preservada, o dialectalmente, del olvido forjado, están constituidos tanto por los documentos escritos y otras formas como de los documentos no escritos (Ricoeur, 2004a, p. 221) y son trabajados, por Ricoeur, principalmente, desde las proposiciones del historiador Marc Bloch. La interpretación sobre los significados de los rastros tiene como dificultad peculiar el hecho de que, casi siempre, se presentan solamente bajo forma de vestigios, exigiendo al investigador establecer conexiones, juntar piezas, a veces como el ejercicio de armar un rompecabezas. Más precisamente, nos dice Ricoeur:

Pero existen huellas que no son “testimonios escritos” y que conciernen igualmente a la observación histórica: los “vestigios del pasado” (...) que constituyen lo más gratificante de la arqueología: cascos, herramientas, monedas, imágenes pintadas o esculpidas, mobiliario, objetos funerarios, restos de viviendas, etcétera. (Ricoeur, 2004a, p. 221)

En la condición de vestigios - tal vez su característica más acentuada -, los rastros, más que los testimonios y archivos, no se presentan de una forma transparente, no remiten tampoco a un sentido preciso, sino que requieren articulaciones complejas, interpretaciones que se pueden mostrar equivocadas por la negligencia de cualquier detalle, por menor o más insignificante que pueda, en un primer vistazo, parecer.

La prueba documental, que puede no raramente conducir a la falacia del descubrimiento de una verdad última, o la de no estar sujeta a las interpretaciones del investigador, revela cuan modernamente el recurso de la memoria depende de la consulta a documentos de los más variados. Esta consulta, en el conjunto de las proposiciones del rigor que una actitud investigativa centrada en los presupuestos de la hermenéutica Ricoeuriana exige, parte siempre de preguntas, de hipótesis que se quieren verificar. En este sentido, “se convierte así en documento todo cuanto puede ser interrogado por un historiador con la idea de encontrar en él una información sobre el pasado” (Ricoeur, 2004a, p. 232). Variados en cuanto a sus materialidades, los documentos, tal como los rastros, los testimonios y los archivos, son desafiantes no sólo por su multiplicidad, muchas veces necesaria como condición para

reconstituciones históricas, sino especialmente porque también exigen el rigor típico de la investigación centrada en las presuposiciones de la hermenéutica Ricoeuriana.

De lo que buscamos destacar, nuestros desafíos pasan por articular teórica y metodológicamente las imbricaciones entre narración, memoria y olvido desde la naturaleza hermenéutica de las reflexiones de Paul Ricoeur, para que, al final, articulemos las cuestiones acerca del periodismo. Historia, memoria y olvido son, teórica y metodológicamente, parte de la complejidad que implica investigar las relaciones entre narración y memoria, bajo la salvaguarda, siempre, de las relaciones dialécticas entre pares, nunca antinómicos, y del rigor que todo esfuerzo animado por los presupuestos hermenéuticos exige.

Memoria y narración en y del periodismo

Fiel al propósito de ofrecer preguntas y no respuestas, empecemos por las posibilidades de que haya alguna similitud entre las narraciones periodísticas y las formas narrativas historiográficas, que les serían más cercanas. En lo que se refiere a las posibles aproximaciones con la historiografía, con respecto tanto a las complejas problemáticas de la fidelidad como de las estrategias de recuperación de la memoria, parece que hay un problema que comparten periodismo e historiografía: ¿cuáles son las posibilidades concretas de abarcar la “integralidad” de los acontecimientos narrados? Si para el historiador el problema está en la recuperación de los vestigios del pasado, para el periodismo, el problema se presenta con desdoblamientos, en la medida que es posible considerar al propio periodismo como una especie de archivo para consultas de futuros historiadores. Al menos desde el punto de vista de la historia del periodismo, es casi evidente que no hay como reconstituir su historia sin recurrir a sus archivos, registros y rastros dejados a lo largo de los tiempos. ¿Pero solamente estos registros serían fiables sin recurrir a otros documentos? La pregunta tiene una variante: ¿la historia que un medio periodístico narra acerca de sí mismo estaría libre de los intentos, tal como en los archivos personales o institucionales cuidadosamente montados, de direccionar las interpretaciones del historiador?

Ahora bien, pensar la historia del periodismo desde los términos Ricoeurianos nos lleva a considerar la necesidad de ir más allá de las dimensiones cronológicas, como son percibidas en la lectura de compendios de historia del periodismo brasileiro en que el enfoque es casi exclusivamente este, pese ciertos intentos de correlaciones entre aspectos económicos, políticos y sociales (Rizzini, 1998; Sodré, 1999). Una historia del periodismo, como lo demuestran estudios contemporáneos más sofisticados (Barbosa, 2008; Matheus, 2011), no puede ser escrita sin considerar su materialidad más valiosa, es decir, las narraciones ofertadas. Es desde las narraciones, con todas las problemáticas implicadas en la memoria, como vimos desde Paul Ricoeur, que se puede lidiar mejor con la noción de una historia del y en el periodismo. Sin embargo, algunas indagaciones surgen: ¿Sería posible, sólo desde los discursos de auto referencialidad, especialmente en ediciones conmemorativas con pretensiones históricas, entender cómo un medio periodístico establece su lugar en determinada sociedad históricamente? ¿En qué medida las cartas de los lectores serían instrumentos valiosos para una investigación sobre eventuales conflictos de interpretación acerca de determinado acontecimiento narrado por el periodismo? Claro está que una serie de otros problemas teóricos y metodológicos deriva de estas preguntas, que son solo ilustrativas ante la magnitud del desafío implicado en investigaciones de este orden.

En otra perspectiva sobre las relaciones entre temporalidad y narración en el periodismo, habría una diferencia fundamental entre él y las narraciones historiográficas. Mientras las narraciones historiográficas se vuelven para los acontecimientos del pasado, las tramas noticiosas ofertadas por el periodismo cuidarían esencialmente del presente. Pese al periodismo narrar lo que aconteció ayer, lo que está aconteciendo ahora y lo que acontecerá mañana, en la perspectiva de la factualidad, la triple mimesis, tal como vimos, torna más compleja la relación de las narraciones periodísticas con el tiempo. Pasado, presente, futuro, memoria, olvido y los demás términos que aluden a las relaciones temporales enfrentadas por las narraciones nos conllevan a cuestionar si no es reducir en demasía la complejidad de las narraciones periodísticas al pretenderlas tan solo como ocupadas del presente. En otros términos: ¿habría factualidad desvinculada de las relaciones históricas? ¿Los acontecimientos narrados por el periodismo

serían permanente inauguración/instauración de algo absolutamente nuevo en el mundo?

Más complejas, así, son las reconstituciones históricas de acontecimientos que parten de lo mostrado acerca de ellos por el periodismo. Si el primer problema está en el hecho de que cada medio noticioso adopta modos de narrar particulares desde sus políticas editoriales, implicando elecciones, selecciones y cortes de acontecimientos, tenemos allí solamente la punta de un iceberg. Esto porque los operadores periodísticos, como sostiene Maurice Mouillaud (1997), no son señores absolutos de las interpretaciones del mundo, aunque entreguen cotidianamente una serie de acontecimientos que constituyen el mundo tal como el periódico lo concibió. De esta manera, plantea el autor, aquello que el periodismo entrega como una especie de mundo por él domesticado entrará en una cadena de interpretaciones que nos hacen recordar el momento de la lectura refiguradora de mimesis 3. Puestos en el mundo, los acontecimientos estarán sujetos a las disputas de sentido. Pero otra cuestión también se impone: ¿al escuchar diversas fuentes de información, el periodismo no estará bajo presiones constantes de otros agentes sociales que interpretan los acontecimientos narrados? ¿Las pautas no estarán también sujetas a las mismas presiones, por ejemplo, por intermedio de actores sociales que desean visibilidad social para sus demandas desde las narraciones periodísticas? Pensar el periodismo como documentos, como archivo, como rastro, como registro histórico, por lo tanto, exige cuidados que están más allá de la idea de que éste lidia prioritariamente con la factualidad, con el tiempo presente, como si al narrar los acontecimientos no estuviesen implicadas las dimensiones de temporalidad que aquí señalamos.

Sumadas a las condiciones de abusos de la memoria y del olvido, las últimas indagaciones nos permiten ultrapasar determinadas concepciones simplistas, cuando no maniqueistas, acerca de las relaciones mantenidas por el periodismo con el tiempo. Es posible, en primer lugar, reinscribirlas en términos de temporalidad, por lo tanto, no reduciéndolas a problemas de urgencia en la producción de los relatos noticiosos. Lo que pasa a estar en juego, hasta en aquellas circunstancias en que prevalece la urgencia de la factualidad, es el hecho de que las relaciones entre historia, memoria y olvido con las narraciones periodísticas están siempre inscriptas

en la condición más amplia de las narrativas históricas y ficcionales: narramos siempre con el *background* de un mundo prefigurado (mímesis 1), configurado narrativamente (mímesis 2) y disponible para tantas reconfiguraciones como sean las lecturas de estas narraciones (mímesis 3). Para el periodismo, esta ecuación trae a escena además preceptos éticos y morales siempre implicados en el mundo prefigurado del cual todo gesto narrativo es parte.

Aunque todavía haya variadas formas de explorar las relaciones entre memoria y narración en el

periodismo, como aquellas dejadas abiertas por las, también posibles, aproximaciones con las narrativas ficcionales (Farré, 2004, Ponte, 2005), o sobre los modos cómo se dan las particularidades narrativas desde imágenes estáticas o sin movimiento en el periodismo, entre otras; el espacio aquí no nos permite la formulación de nuevas problematizaciones. Consideramos promisor, sin embargo, la exploración de las potencialidades heurísticas que las relaciones entre narrativas y temporalidades develan para las investigaciones sobre el periodismo. 樂

Bibliografía

- | | |
|---|---|
| Barbosa, Marialva, et al. (2007). <i>Mídia e memória: a produção de sentidos nos meios de comunicação</i> . Rio de Janeiro: Mauad X. | Ricoeur, Paul (2004). <i>Tiempo y narración, I. Configuración del tiempo en el relato histórico</i> . Traducción: Agustín Neira. México: Siglo XXI. |
| Farré, Marcela (2004). <i>El noticiero como mundo posible: estrategias ficcionales em la información audiovisual</i> . Buenos Aires: La Crujía. | Ricoeur, Paul (2008). <i>Tiempo y narración, II. Configuración del tiempo en el relato de ficción</i> . Traducción: Agustín Neira. México: Siglo XXI. |
| Matheus, Leticia Cantarella (2011). <i>Comunicação, tempo, história: tecendo o cotidiano em fios jornalísticos</i> . Rio de Janeiro: Mauad X: Faperj. | Ricoeur, Paul (2009). <i>Tiempo y narración, III. El tiempo narrado</i> . Traducción: Agustín Neira. México: Siglo XXI. |
| MouillauD, Maurice. et al (org.) (1997). <i>O jornal da forma ao sentido</i> . Brasília: Paralelo 15. | Ricoeur, Paul (2004a). <i>La Memoria, La Historia, El Olvido</i> . Tradução: Agustín Neira. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina. |
| Ponte, Cristina (2005). <i>Para entender as notícias – linhas de análise do discurso</i> . Florianópolis: Insular. | Rizzini, Carlos (1988). <i>O livro, o jornal e a tipografia no Brasil, 1500-1822: com um breve estudo geral sobre a informação</i> . São Paulo: Imprensa Oficial do Estado. |
| Ribeiro, Ana Paula Goulart. et al (2007). <i>Mídia e memória: a produção de sentidos nos meios de comunicação</i> . Rio de Janeiro: Mauad X. | Sodré, Nelson Werneck (1999). <i>História da imprensa no Brasil</i> . Rio de Janeiro: Mauad. |
| Ribeiro, Ana Paula Goulart. et al (2008). <i>Comunicação e história: interfaces e novas abordagens</i> . Rio de Janeiro: Mauad X: Globo Universidade. | White, Hayden (1994). <i>Trópicos do discurso: ensaios sobre a crítica da cultura</i> . São Paulo: Edusp. |
| Ricoeur, Paul (1991). <i>O si-mesmo como um outro</i> . Campinas: Papirus. | |